



S. MARTIN, O. Y C.

los criados, vigilancia sobre sus costumbres, sobre su porte, su respeto y su religiosa compostura en la iglesia; frecuencia de sacramentos, encomendarse á Dios por la mañana y por la noche, buen ejemplo y otras cosas á este tenor. Examina estas obligaciones, y haz firme propósito de desempeñarlas. Si estás en la religion, esta tiene sus reglas, y toda tu perfeccion consiste en observarlas bien: examina las que desatiendes ó quebrantas mas ordinariamente, y ten presente que, aunque no te obliguen á pecado, sabrás algun dia que de la observancia de ellas depende, no solo la perfeccion, sino en cierto modo la salvacion de las personas religiosas. Es muy dificultoso guardar los votos, quebrantando habitualmente la mayor parte de las reglas. No te lisonjees con frivolas exenciones: en el tribunal de Dios ¿quién sabe si serán admitidas? Comienza desde hoy á cumplir con las obligaciones de tu estado, y á guardar las reglas de que has hecho menos caso hasta ahora.

DIA ONCE.

SAN MARTIN, OBISPO DE TOURS Y CONFESOR.

Fué san Martín originario de Sabaria en la Panonia. Siendo de edad de diez años, contra la voluntad de sus padres, que eran gentiles, fué en busca del sacerdote de los cristianos, y se alistó en el catálogo de los catecúmenos. Su padre, tribuno de una legion, procuró desviarle del culto del verdadero Dios; pero nada pueden los esfuerzos de los hombres cuando el Señor quiere apoderarse de un corazón. Luego que cumplió doce años, pensó en retirarse á un desierto,

y lo dejó de hacer precisamente por las pocas fuerzas de su tierna edad. Poco tiempo despues, en virtud de un decreto imperial, fué alistado en una compañía de caballería como hijo de un oficial veterano. A los quince años sirvió en el ejército de Constancio, y despues en el de Juliano Apóstata. Aun no habia recibido el bautismo, y no obstante evitó todos los desórdenes que tan frecuentemente acompañan la profesion de las armas, haciendo una vida de religioso en traje de soldado. Era su virtud sobresaliente la caridad con los pobres. Entrando un dia de invierno muy riguroso en la ciudad de Amiens, encontró á un pobre desnudo, temblando y traspasado de frio: pidióle limosna, y no teniendo que darle, se entreció extrañamente su compasivo corazon á vista de aquella necesidad. Pero como la caridad es fecunda en arbitrios y en recursos, sacó la espada, cortó la capa por el medio, y dió la mitad al aterido mendigo. Sus camaradas comenzaron á burlarse de la liberalidad del catecúmeno; pero Martin nunca se dejó vermas de gala que con aquella media capa, librea magnífica que publicaba á todos su caridad con Jesucristo; espectáculo verdaderamente digno el ver á un simple catecúmeno revestido de la caridad del Salvador hasta interesarse en los trabajos de sus miembros á costa de su propia persona. Pero ¿quién perdió jamás lo que dió al mismo Jesucristo? La noche siguiente se apareció en sueños á san Martin el Salvador, diciendo á los ángeles que le acompañaban: *Martin, siendo todavía catecúmeno, me cubrió con este vestido.* Despues de este favor, se resolvió á dejar el servicio del rey de la tierra para tomar partido en las tropas del rey del cielo, y contrajo con Jesucristo el empeño de una eterna fidelidad recibiendo el santo bautismo. Hecho esto, solo pensó en retirarse de la milicia; y aprovechó buena ocasion la de un dia en que el apos-

tata Juliano repartía á los soldados una paga extraordinaria para empeñarlos mas en hacer su deber en una irrupcion de bárbaros. Martin, en lugar de recibir la paga, pidió su licencia; pero notándole de cobarde, porque solicitaba retirarse casi en la vispera de una batalla, respondió generosamente: *Asegúreseme hasta el dia de la funcion: póngaseme entonces delante de las primeras filas sin otras armas que la señal de la cruz, y entonces se verá si temo á los enemigos ni á la muerte.* Tuvose la proposicion por fanfaronada militar, y se le aseguró para hacer la experiencia; pero aquella misma noche pidieron los bárbaros la paz, y se retiraron. Dejó, pues, las armas para dedicarse enteramente al servicio de Jesucristo; y habiendo oido hablar de la virtud de san Hilario, obispo de Poitiers, fué en busca suya para aprender en la escuela de tan grande maestro las máximas de la vida interior. Hizo tantos progresos en la virtud, que san Hilario le quiso ordenar de diácono; pero él se contentó con el grado de exorcista, siendo todo lo que por entonces se pudo conseguir de su humildad. Dióle el Señor á entender ser voluntad suya que hiciese un viaje á su tierra para convertir á sus padres, que todavía eran idólatras. Al pasar los Alpes, cayó en manos de ladrones: uno de ellos levantó el brazo para hendirle la cabeza; pero otro compañero le detuvo: maniatáronle, y encargaron su custodia á uno de la cuadrilla: este le preguntó quién era, y Martin le respondió: *Yo soy cristiano.* Replicóle el ladron: *¿Tienes miedo? Nunca tuve menos,* repuso el santo, *porque Dios asiste en los peligros.* Quedó aquel hombre tan pasmado á vista de aquella constancia y heróica magnanimidad, que no solo dejó la profesion de ladron para vivir cristianamente, sino que se hizo religioso para dedicarse enteramente á Dios, y de su misma boca se supo despues este suceso. Llegó á

Hungria, convirtió á su madre y á otras muchas personas; pero no pudo reducir á su padre, y el desventurado viejo murió en su ceguedad y obstinacion. Allí defendió la fe católica contra los arrianos, que al cabo le echaron del país despues de haberle azotado públicamente. Dirigióse á Milan, y se encerró en un monasterio; pero la faccion de los arrianos tambien le arrojó de él. Retiróse á una isla del mar Tirreno, donde por mucho tiempo se sustentó con las yerbas del campo. En una ocasion comió acónito sin conocerle; pero sintiendo el efecto del veneno que le despedazaba las entrañas, hizo oracion, y quedó libre. Volvió á las Galias en busca de san Hilario: edificó junto á Poitiers un monasterio; y viviendo en él santísimamente en compañía de algunos monjes, resucitó á un catecúmeno que había muerto sin recibir el bautismo, y vivió despues muchos años. Poco tiempo despues resucitó otro criado de Lupiciano, señor principal que se había ahorcado, suspendiendo Dios su juicio por las oraciones de nuestro santo, y haciendo uno de aquellos extraordinarios prodigios de su misericordia que nos deben servir de ejemplo á todos los pecadores.

Habiendo vacado el obispado de Tours por muerte de su obispo, pusieron los ojos en san Martin para que ocupase aquella silla; pero como se sabia muy bien su repugnancia á todo lo que sonaba á dignidad, le sacaron del monasterio con pretexto de que fuese á visitar á un enfermo, y los diputados de Tours se apoderaron de él por fuerza á pesar de todas sus representaciones. Colocóle en el empleo episcopal la vocacion legitima de Dios, y correspondió con la santidad de la vida á la excelencia del ministerio, sabiendo unir con todas las virtudes episcopales las que eran propias de la profesion de monje. Edificó cerca de Tours un monasterio, que hoy se llama *Mar-*

moustier, adonde se retiraba cuando se lo permitian los cuidados de la dignidad. Comiale el zelo de la casa de Dios. á imitacion del de Elias no paró hasta consumir todos los idolos del gentilismo. No es fácil referir todos los triunfos que consiguió de los gentiles. Queriendo echar á tierra una encina que los paganos tenian consagrada al demonio, se opusieron á su zelo los infieles; y el mas atrevido de todos le dijo que ellos mismos la cortarian y darian por el pié, con tal que al tiempo de caer la recibiese él sobre sus costillas. Aceptó el santo el partido lleno de una viva confianza en Dios, cuya causa defendia: atáronle los gentiles por el lado donde habia de caer el robusto y enorme tronco. Temblaban sus monjes á vista del peligro á que se exponia, y se gloriaban los infieles, pareciéndoles que ya estaban viendo la inevitable ruina del enemigo de sus dioses. Cortóse en fin el árbol, y cuando venia á desgajarse con el estruendo que se deja discurrir, levantó el siervo de Dios la mano, hizo la señal de la cruz, y el vegetable coloso torciendo en el aire la direccion, se fué á derribar al lado opuesto. A vista de esta maravilla no quedó ni un solo gentil en todo aquel contorno. Sanó á un leproso dandole un ósculo de paz. Salia de él con tanta abundancia la gracia de los milagros, que hasta los pedazos de su vestido, las cartas que escribia, y la paja en que reposaba obraban milagrosas curaciones. Fué en busca del emperador Valentiniano para implorar su proteccion contra los arrianos: la emperatriz Justina, que profesaba la misma secta, dispuso que se le negase la entrada en palacio; pero Martin entró hasta el mismo cuarto del emperador, pasando por medio de los guardias sin que ninguno lo advirtiese. Enfadado el emperador, volvió la cara á otro lado sin corresponder á su salutacion; mas al mismo punto se vió de repente cer-

tado de fuego en la silla en que estaba sentado; y asombrado del prodigio, se levantó aceleradamente, corrió á abrazar al santo obispo, y le trató con tanto respeto como desprecio le habia manifestado. Máximo, usurpador del imperio, también le trató siempre con afabilidad. Convidóle á su mesa, hizole sentar junto á sí, y cuando le presentaron la copa para beber, mandó que se la alargasen primero al santo obispo, no dudando que, despues que él hubiese bebido, la alargaria inmediatamente al emperador; pero Martín, despues que bebió él, la presentó al diácono que le acompañaba, pareciéndole que no habia en la mesa sugeto de mayor dignidad que la suya. Admiró el emperador esta religiosa accion, y por mucho tiempo no se habló en la corte de otra cosa que de la noble libertad del siervo de Dios. También la emperatriz quiso darle una comida sazónada por sus propias manos, y servirle ella misma á la mesa. Espectáculo verdaderamente asombroso ver á un obispo pobre, extranjero y mal vestido, servido por una grande emperatriz. ¡Oh qué poderosa es la santidad!

Hablando Severo Sulpicio de este gran santo, dice que no conoció otro que con mas prontitud, precisión y claridad respondiese á los lugares mas dificultosos de la sagrada Escritura, pues, aunque la sabiduría era la menor de todas las prendas que adornaban al siervo de Dios, ¿cómo no habia de tener un entendimiento muy iluminado el que continuamente estaba alumbrado de los rayos del Sol de justicia, siempre en oracion, siempre en presencia de Dios, velando dia y noche á las puertas de la divina sabiduría, y no concediendo á la naturaleza sino lo preciso para que no se creyese que era ya bienaventurado? Era hombre por una parte de suprema rectitud, y por otra, de incomparable bondad. A ninguno juzgaba, á

ninguno condenaba, nunca volvia mal por mal, y sufría los atrevimientos del menor clérigo de su obispado como si no fuera superior, cabeza y principe de todos ellos. Nunca le vieron colérico, nunca triste, nunca entregado á una vana ó inmoderada alegría, sino siempre igual; y como su corazón era el domicilio de la paz y de la caridad, tampoco se abria su boca sino para pronunciar palabras de edificacion. Parecía un hombre superior á la naturaleza de todos los demás por su elevada virtud. Honró Dios su eminente santidad con el don de los milagros; los que le eran tan familiares, que parecia especie de milagro el dejar de hacerlos, de modo que fué el Taumaturgo de su siglo. A tan milagrosa vida correspondió una muerte tan dichosa, que en ella admiraremos otro prodigio de caridad. Habia tiempo que sabia por revelacion la hora de su muerte, y lo tenia prevenido á sus discípulos. Noticioso de que en la Iglesia de Canda, perteneciente á su obispado, habia alguna disension, pasó á apaciguarla este ángel de paz. Logró el intento; y sintiendo que le iban faltando las fuerzas, conoció que aquella debilidad era pre-nuncio de su muerte. Echóse en cama, quedándose boca arriba con los ojos clavados en el cielo para no perder de vista el lugar donde tenia fijo su amor. En esta postura pedia á Dios se dignase desatarle de las cadenas del cuerpo para ir á gozar en el empireo de la libertad que gozan los hijos de Dios. Era el pobre lecho un verdadero cilicio cubierto de ceniza: rodeábanle sus discípulos deshechos todos en lágrimas, y le suplicaron les permitiese ponerle debajo algunas humildes pajas; pero el santo no lo consintió, diciéndole: *Hijos míos, un cristiano debe morir sobre la ceniza; pecaría yo si os diera otro ejemplo.* Replicáronle los discípulos: *Tú eres nuestro padre, no nos desamparés, porque vendrán los lobos carníceros, se arrojarán*

sobre el rebaño, y ¿quién le defenderá cuando ya no tenga pastor? Enternecióse el santo; y sintiendo en su corazón dos efectos contrarios á imitación del Apóstol, uno de ir á unirse con su soberano bien, y otro de quedarse en la tierra para mayor bien de su Iglesia, en esta situación hizo á Dios la oración siguiente: *Señor, si todavía soy necesario á tu pueblo, no rehúso el trabajo: hágase tu voluntad.* ¡Oh varón superior á todos los elogios! exclama la Iglesia á vista de este paso; pues ni temiste la muerte, ni rehústaste la vida. ¡Admirable disposición de caridad: exponer la propia salvación por asegurar la de su rebaño! Tuvo atrevimiento el demonio para aparecerse al santo en aquella hora; pero todo lo que sacó fué oír de su boca esta reprensión: *¿Qué haces ahí, bestia sangrienta? Vete, infeliz, pues no encontrarás en mí cosa que sea tuya.* Tenía continuamente las manos y los ojos levantados al cielo: dijéronle que sería bien se volviese de algún lado para que el cuerpo tuviese algún descanso, á que dió esta admirable respuesta, claro testimonio de lo embebida que estaba en su Dios aquella grande alma: *Dejadme, hermanos míos, dejadme mirar al cielo, para que mi alma, que va á ver á Dios, tome de antemano el camino que conduce á él.* Un instante después espiró; y desprendiéndose sobre su cuerpo un rayo de gloria celestial, se cubrió su santo rostro de un resplandor más brillante que el que forma la misma luz, de manera que parecían haberse anticipado á su cadáver los dotes de cuerpo resucitado y glorioso. En el mismo instante fué revelada su muerte á san Severino, obispo de Colonia, y á san Ambrosio, obispo de Milan. Fué el santo cuerpo trasportado á Tours con tan magnífico acompañamiento, que igualó á la mayor pompa fúnebre de los grandes de la tierra, y aun á la del triunfo más augusto de los conquistadores del mun-

do. Halláronse en él más de dos mil religiosos, que todos se podían considerar como discípulos suyos. Conservóse el santo cuerpo en Tours más de 400 años, hasta que los Normandos iban á poner sitio á la ciudad, de donde le retiraron antes que aquellos llegasen; pero veinte y un años después fué restituido á ella con grande pompa, continuando en ser extraordinariamente honrado y reverenciado de todos hasta el siglo décimosexto en que los hugonotes se apoderaron de Tours, y quemaron el santo cuerpo sin poderse salvar más que el hueso del brazo y una parte del cráneo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Tours, la fiesta de san Martín, obispo y confesor, de tan admirable vida, que mereció resucitar tres muertos.

En Cotiea de Frigia, el glorioso martirio de san Mennas, soldado egipcio, que, en tiempo de la persecución de Diocleciano, renunció la carrera de las armas para retirarse al desierto, á fin de servir allí al rey del cielo. Habiendo vuelto con el tiempo á parecer en público, y declarado altamente ser cristiano, fué probado con exquisitos tormentos; en fin, habiéndose puesto de rodillas para orar, y dando gracias á Nuestro Señor Jesucristo, alargó el cuello para que le cortasen la cabeza, y después de su muerte llegó á ser célebre en milagros.

En Ravena, los santos Valentin, Feliciano y Victorino, que recibieron la corona del martirio durante la misma persecución.

En Mesopotamia, san Atenodoro, mártir, que, bajo el mismo Diocleciano y el presidente Eleuso, sufrió primero la question del fuego; fué luego aplicado á otros tormentos, y en fin condenado á ser decapita-

do; pero habiéndose desmayado el verdugo al irle a ajusticiar, y no atreviéndose nadie á decapitarle, murió haciendo oracion.

En Leon de Francia, san Verano, obispo, que brilló durante su vida por la solidez de su fe y por el mérito de sus virtudes.

En el monasterio de Grotta Ferrata cerca de Frascati, san Bartolomé, abad, compañero de san Nilo, cuya vida escribió.

En el país de los Samnitas, san Mennas, solitario, cuyas virtudes y milagros refiere san Gregorio, papa.

En Arbeingue entre Final y Oneille, el tránsito de san Vraino, obispo de Cavaillon.

En el país de Lieja, san Bertuino, obispo.

Este mismo día, las santas mártires Principia, Domnicela y otras.

En Etiopia, santa Talia, mártir.

En el reino de Leon en España, santo Toribio, solitario.

En Amatonte en la isla de Chipre, el tránsito de san Juan el Limosnero, patriarca de Alejandria.

En Irlanda, san Cumino, apellidado el Largo, confesor.

En la misma isla en la Conacia, san Duano, presbítero.

En Lubeck, el bienaventurado Brunon, de la orden de santo Domingo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente :

Deus, qui conspicis quia ex nulla nostra virtute subsistimus: concede propitius, ut intercessione beati Martini, confessoris tui atque pontificis, O Dios, que conoces muy bien la debilidad de nuestras fuerzas, y que de ningun modo podemos subsistir por ellas; concédenos benigno que seamos

contra omnia adversa muniamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum... fortificados por la intercesion de tu confesor y pontífice san Martin contra todos los males que nos cercan. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduria y la misma que el dia IV, pág. 98.

NOTA.

« Dos prefacios ó dos prólogos hay del Eclesiástico : uno, en latin, como se ve en los ejemplares de nuestra Vulgata; y otro, en griego, que se halla en los de la edicion romana. Algunos los tienen por canónicos, considerándolos como parte de la obra, aunque no son de Jesus, hijo de Sirac, autor del libro. Otro prefacio griego se lee en la Poliglota de Amberes y en otras ediciones griegas. »

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios durante los dias de su vida. Este elogio se debiera hacer de todos los sacerdotes de la nueva ley, sin exceptuar ni uno solo. ¿Qué ministerio mas sagrado que el de los sacerdotes? ¿qué estado mas santo que el suyo? ¿qué inocencia, qué pureza de costumbres, qué virtud, qué santidad debe resplandecer en esos respetables ministros de la Iglesia! Ningun tiempo hay en que no deba parecer justo á los ojos de Dios; pues aun en tiempo de su cólera debe ser el mediador entre Dios y los hombres para aplacar su justicia. ¡Con cuánta fidelidad, con cuánta exactitud debe observar la ley de Altísimo, y con cuánta dignidad debe ejercer las funciones de su ministerio! Ninguna cosa ontribuye tanto á la reforma de las costumbres del

pueblo, como la vida ejemplar de los ministros del altar; pero ¿quién podrá ponderar lo que desacredita á la religion la vida menos ajustada de un sacerdote? Mientras el pueblo vió á Jesucristo estimado de los doctores; mientras vió que uno de los jefes de la sinagoga se arrojaba á sus piés, y le rogaba se dignase entrar en su casa para curar á una hija suya; mientras notó que aquel hombre Dios era respetado y temido en el templo por los mismos que no le amaban, el pueblo le miró con veneracion, le siguió con ansia, y le reconoció por su rey y por el verdadero Mesías. Pero cuando el mismo pueblo vió al divino Salvador en poder de los sacerdotes, tratado con tanta indignidad, cargado de oprobios, escarnecido como rey de burlas, y que doblaban delante de él la rodilla por irrision; ¿cuánto tiempo conservó aquel pueblo la estimacion, el amor y el respeto que le profesaba hasta allí? En un instante se convirtió en desprecio y en horror la veneracion con que antes le miraban. No podian imaginar que fuese el Mesías un hombre á quien los sacerdotes trataban tan indignamente. Desde el mismo punto le tuvieron por un solemne embustero: olvidáronse enteramente sus beneficios, su doctrina y sus milagros. La incredulidad de los que estaban admitidos por depositarios de la fe y de la religion se comunicó inmediatamente al entendimiento y al corazón de todo el pueblo; y el Salvador del mundo, que hasta entonces habia sido el objeto de su admiracion, de su veneracion y de su culto, pasó á serlo de sus burlas, de sus escarnios, y en fin su juguete y su desprecio. ¡Buen Dios, cuánta impresion hace en los asistentes la ejemplar devocion de un sacerdote en el altar! ¡qué maravillas obra esta su devocion que la fe hace sensible y palpable! Siempre se respeta aquello que se ve hacer con majestad. Una misa celebrada con la religiosa decencia que se debe,

equivale á una prueba de nuestra verdadera religion. Aquel santo terror de que se ve penetrado al ministro, inspira en el pueblo un respetuoso temor. Aquella devocion que infunde la presencia de Jesucristo se extiende á los que le están adorando. ¿Ni cómo es posible dejar de asistir con una profunda veneracion al sacrificio de Dios vivo, cuando el mismo sacrificante no desmiente la santidad de la persona que representa? Pero cuando el sacerdote no lleva al altar otra cosa santa y venerable sino las vestiduras sacerdotales; cuando se deja ver en él sin aquella majestuosa modestia y sin aquella religiosa majestad que pide indispensablemente la celebracion de nuestros sagrados misterios; cuando su palpable indevocion acredita tan visiblemente su poca fe, y que si se ha de juzgar por lo que se ve, parece que va á hacer irrision del sacrificio mas santo, del mas tremendo de todos los sacrificios, ¿qué efecto puede producir esta escandalosa indevocion en los entendimientos y en los corazones de los que asisten á él?

El evangelio es del cap. 11 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Nemo lucernam accendit, et in abscondito ponit, neque sub modio, sed super candelabrum; ut qui ingrediuntur, lumen videant. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit: si autem nequam fuerit, etiam corpus tuum tenebrosus erit: Vide ergo ne lumen, quod in te est, tenebras sint. Si ergo corpus tuum totum lucidum fuerit, non habens

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos: Ninguno enciende una antorcha, y la pone en un escondrijo, ni debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si fuese perverso, tambien tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea acaso que la luz que está en tí sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin

aliquam partem tenebrarum, tener parte alguna de tinieblas,
erit lucidum totum, et sicut lu- todo él será luminoso, y te ilu-
erna fulgoris illuminabit te. minará como una antorcha res-
plandeciente.

MEDITACION.

DE LA FALSA CONCIENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la conciencia es aquella perspicaz vista del alma que descubre todo lo mas secreto que pasa, tanto en el entendimiento, como en el corazon del hombre. Sin perder de vista la ley del Señor, el mismo Dios es el que enciende aquella interior antorcha, no solo para alumbrarnos, sino para hacer patente á nuestros mismos ojos todo lo que verdaderamente se halla en nuestras obras y en nuestros afectos, ya sea loable, ya defectuoso, ó ya reprehensible: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine*. Esta antorcha es al mismo tiempo una voz, una centinela que nos advierte, que nos grita luego que el enemigo de la salvacion intenta alguna sorpresa contra el alma. No hay centinela mas fiel mientras tiene la vista sana, mientras las tinieblas ó las nubes no ofuscan este farol. Pero si el maligno humo de un fuego enemigo; si las pasiones alteran la serenidad; si aquella vista padece alguna dolencia, luego se oscurece, y el alma se siente como anegada en tinieblas. La turbacion y el tumulto de las pasiones hace que no se perciba la voz ni los gritos de la conciencia. Ya es la voz del amor propio la que grita; ya es el farol de las pasiones el que alumbra; y cuando nos guia esta maligna luz, ¿en qué se vendrá á parar? Llórase alguna vez el infeliz estado de un pecador entregado á sus locas pasiones, hecho esclavo del pecado por las malas

costumbres que le tiranizan. Laméntase su miseria; témesese su salvacion; pero ¡cuánto mas deplorable es el estado de una alma engañada por el error! Aquel pecador sabe á lo menos que va descaminado: á cada instante se le representa la viva imágen de su desorden; peca con mayor conocimiento, y por lo mismo es menos incorregible. Por otra parte, los disgustos que el vicio trae consigo, la hermosura de la virtud, los remordimientos de la conciencia, el temor de los juicios de Dios, son otros tantos gritos que continuamente le están llamando á su deber; pero no es así el pecador que yerra el camino y no le conoce. Tiene cerrados todos los recursos. Como peca sin conocer el funesto estado en que se halla, peca sin escrúpulo y sin remordimiento. Aquel gusano roedor que despedaza el corazon de un hombre licencioso, parece que está profundamente dormido en el suyo; y la misma conciencia que es tan saludable cuando interiormente nos esta acriminando lo malo, ó ya porque está engañada, ó ya porque ella se quiere engañar, le deja en una profunda calma, sin que nada le altere ni perturbe. ¡Qué esperanza, buen Dios, ni de conversion ni de arrepentimiento! ¿Puede imaginarse estado mas pernicioso ni mas funesto? De aquí nace aquella desdichada seguridad en que se muere y se perece.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que entre todas las señales de reprobacion, ninguna es mas cierta que la de la falsa conciencia, pues desvia del camino del cielo, sin que se advierta que uno va descaminado. ¡Ah, y cuántos hay en el mundo que se hallan en tanta desdicha! ¡cuántos religiosos imperfectos y tibios viven en tan infeliz estado! Como se guarden el dia de hoy ciertas apariencias de virtud, un cierto exterior de religion.